

Introducción

Ha transcurrido ya más de un siglo desde que surgieron las primeras ideas para fomentar la educación estética en Chile. Muy diversas iniciativas se han presentado durante este tiempo con el propósito de enriquecer la formación estética de niños y jóvenes y contribuir así al desarrollo del país. Lamentablemente, muchos de esos proyectos no han pasado de ser simples aspiraciones, apasionados discursos o sólo palabras bien intencionadas sobre una hoja de papel.

Con motivo de la reforma educacional que se está impulsando en la enseñanza básica y media, surge nuevamente la posibilidad de concretar una propuesta de educación estética a partir de los requerimientos que plantean los actuales programas para la enseñanza artística, sus objetivos fundamentales y contenidos mínimos. En efecto, desarrollar la sensibilidad estética frente a lo cotidiano y la apreciación y reflexión en torno a las artes constituye una parte fundamental de la nueva política educacional que se ha diseñado en el contexto de la enseñanza de las Artes Visuales.

Sin embargo, la educación estética no se reduce a la enseñanza de las artes. Y resulta indispensable que nos cuestionemos —desde una perspectiva curricular más amplia— acerca del sentido de la educación que estamos impartiendo. No basta con elevar algunos índices que miden el rendimiento escolar, aunque sea de acuerdo a criterios internacionales, para afirmar que estamos mejorando la calidad de la educación en Chile. Un mayor rendimiento en matemáticas y/o lenguaje no significa que hayamos alcanzado una «buena educación». Indudablemente,

mejorar los resultados en estas áreas puede contribuir a ese propósito, pero no es suficiente para afirmar que estamos ofreciendo una educación de calidad en el sentido más pleno de la palabra.

Necesitamos una educación que evidencie de un modo más consistente su vocación cultural, que sea estéticamente más interesante, pero a la vez más lúcida y eficiente en su compromiso ético y social. Al decir esto, no pretendemos sugerir que el mejoramiento de la calidad de la educación depende fundamentalmente de propósitos éticos y estéticos; pero si la educación descuida estas dimensiones no podrá ser considerada genuinamente de calidad. En efecto, no es lo mismo capacitar a los estudiantes para que sean competentes en el manejo de algunos aprendizajes y habilidades en distintas asignaturas que formar personas con un espíritu reflexivo, capaces de cultivar la experiencia estética y el conocimiento en distintas áreas del saber.

Próximos a la celebración del Bicentenario de nuestra república, tenemos el derecho y el deber de imaginar un modelo educativo que esté a la altura de los desafíos culturales que plantea el siglo veintiuno, por ejemplo, aquellos que surgen del medio ambiente, el patrimonio cultural o de un mundo más mediático. Como veremos, la educación estética no sólo puede contribuir a ejercitar la capacidad de percepción y, por lo tanto, a desarrollar un modo de conocer y de aproximarse al mundo, sino también a fomentar una actitud más imaginativa y crítica, capacidades que sin duda pueden aportar al desarrollo personal y social en un país que aspira a formar ciudadanos más inquietos culturalmente.

Pero sin docentes que estén dispuestos a impulsar estas iniciativas y tengan una formación idónea difícilmente podremos mejorar la calidad de la educación. Dicho francamente, profesores poco imaginativos, poco reflexivos y con escaso sentido crítico, que presumen saber más de lo que realmente saben, que habitualmente se resisten al cambio o a la innovación curricular y que no están dispuestos a explorar nuevos conocimientos, difícilmente podrán aportar a este proceso al nivel que se requiere.

Por otra parte, también es posible constatar una demanda de formación estética en otros ámbitos institucionales. Tal es el caso, por ejemplo, de museos, galerías, institutos culturales, centros comunitarios y entidades laborales y empresariales donde se intenta promover alguna formación artístico-cultural. Profesionales con una formación más sólida en el campo de la educación estética podrían contribuir a enriquecer estas iniciativas,

fomentando el desarrollo de la sensibilidad en la formación de públicos y audiencias, de manera que las actividades culturales sean más consistentes y adquieran mayor sentido.

No menos importante puede ser el aporte de la educación estética en la comprensión y «lectura» de los medios de comunicación masivos (revistas, diarios, televisión, internet, publicidad, entre otros), donde la presencia preponderante de imágenes visuales pareciera tener un impacto cada vez mayor en la formación valórica y la construcción de formas de vida. Resulta imposible desconocer la enorme brecha que existe entre la cantidad de información visual que nos bombardea diariamente y la habilidad para analizar y sentir imágenes. Así, una educación estética que desarrolle la sensibilidad y el sentido crítico y facilite la decodificación de los discursos visuales, debe ser considerada una exigencia social, más que un lujo para minorías.

Enfatizamos la visualidad, reconociendo que la educación estética involucra todos los sentidos, porque el monopolio del ojo se ha instalado en el centro de la construcción cultural. El «ojo sapiens», que puede ser mecánico en la fotografía, electrónico en cámaras de vigilancia, seducido en el consumo y desafiado en la experiencia con las artes —por nombrar algunos ámbitos y/o categorías—, ha ido saturando el paisaje urbano y nuestras relaciones laborales, económicas, familiares y de recreación. Pareciera que la exigencia de mirar ha crecido en forma tan abrumadora y acelerada que ya no vemos.

Conscientes de este desafío, nuestro trabajo como educadores debería consistir principalmente en desarrollar una «oftalmología estética», es decir, una pedagogía capaz de generar mayor conciencia acerca de las potencialidades y carencias de nuestra capacidad de percibir y sentir. En definitiva, se trata de una pedagogía capaz de educar el ojo y de sacarle punta incisiva, capaz de afinarlo para que penetre más allá de las apariencias, de diversificarlo para que enriquezca nuestras formas de ver y de sacudirlo para que vuele más alto, se asombre y disfrute de la sensibilidad cotidiana.

Sobre esta publicación

El propósito de este libro es motivar el conocimiento y la reflexión sobre la educación estética, área que se ha caracterizado por ser compleja, a veces confusa y recurrente, en los discursos

que han intentado reivindicar la dimensión ética y estética de la educación. Sus destinatarios son fundamentalmente docentes que trabajan en el ámbito escolar, en particular en el área de las Artes Visuales. Por ello es que en él se presentan teorías y sugerencias para ayudar a desarrollar la experiencia estética y se propone un conjunto de interrogantes que buscan motivar la discusión sobre el tema. Asimismo, está dirigido a los profesionales que les corresponde tomar las decisiones sobre esta área, como también a los que ejercen la docencia y/o la investigación en las universidades.

La primera parte examina las iniciativas que se han planteado sobre la educación estética en Chile, considerando sus principales precursores, ideas y propuestas. La investigación se concentra en un análisis histórico que abarca desde finales del siglo XIX hasta la actualidad, y cuyo objetivo central es esbozar un panorama de las motivaciones, argumentos y principios que han orientado los discursos sobre la educación estética, teniendo presente el pensamiento de educadores, autoridades, documentos oficiales, entre otros.

En la segunda parte se expone el planteamiento de autores extranjeros que se han destacado por haber hecho una contribución sustancial a la investigación en el área de la educación estética, y cuyas publicaciones abarcan casi medio siglo, desde la década de 1950 hasta aproximadamente el año 2000. El eje central de este estudio fue detectar diversas aproximaciones que se plantean en torno a la educación estética (curriculares, filosóficas, políticas, sociales y otras) intentando reconocer planteamientos que motiven a la reflexión, así como también sugerencias, aportes y/o recomendaciones que puedan facilitar su aplicación en el ámbito escolar.

Luego de resumir las principales ideas que proponen estos autores y de plantear algunas conclusiones, se presenta un cuestionario para ayudar a reconocer y a compartir la experiencia estética, junto al trabajo de taller desarrollado por los alumnos del curso Estética y Educación (2004).